

#### PLATICA IV.

PRIMERA PETICION.—SANTIFICACION DEL NOMBRE DE DIOS.

Pater noster, qui es in cœlis, sanctificetur nomen tuum. (*Matth.* vi, 9).

La *Oracion dominical*, que hoy comienzo á explicar detalladamente, está compuesta de siete peticiones, á las cuales precede un pequeño preámbulo, que sirviendo de introduccion á las peticiones mismas, nos hace á Dios propicio y benévolo, y nos prepara y dispone para bien orar. El tal preámbulo está concebido en estos términos: *Padre nuestro, que estás en los cielos*. Estas palabras no expresan peticion alguna; no son mas que una invocacion, pero invocacion que nos muestra desde luego la excelencia de la súplica.

¿Quién no se admira al ver que, siendo nosotros criaturas vilísimas, se nos permite, rogando á Dios, titularle *nuestro Padre*; y que no solo se nos permite, sino que hasta se nos manda? ¿Quién se hubiera atrevido á dirigirse á Dios nombrándole *Padre*, si el mismo Jesucristo no nos hubiese enseñado á tratarle así? ¿Y por cuál razon ha querido Jesucristo que en esta oracion diésemos á Dios el título de *Padre* y no el de Rey, el de Señor, el de Juez ú otros semejantes? ¡Ah, fieles míos! Jesucristo escogió el título de *Padre*, que es el mas tierno, el mas afectuoso, el mas dulce y amable, á fin de excitar en nosotros una confianza vivísima de alcanzar de él cuanto vamos á pedirle en esta oracion. Porque ¿cuál es el hijo que no confía ser oido de su padre? ¿y cuál es el padre que no desea complacer á su hijo en lo que es justo y

razonable? Para animarnos, pues, á poner toda nuestra confianza en Dios, ha querido Jesucristo que le diésemos el nombre de *Padre*, el cual nos revela por sí solo la amorosísima inclinacion que él tiene á ayudarnos, socorrernos y hacernos toda especie de favores.

Pero ¿por qué al título de *Padre* añadimos *que estás en los cielos*? ¿Dios no está en todo lugar?—Verdad es que Dios por su inmensidad está presente en todo lugar; no obstante se dice que está en los cielos por tres razones. Primera, porque el cielo es la parte mas bella y noble del universo, y allí el Señor hace mayor pompa y ostencion de su grandeza y majestad, manifestándose claramente á los Ángeles y á los Santos, y haciéndoles participantes de su gloria. Segunda, para imprimirnos una alta idea de aquella soberana Majestad que está sentada allá arriba, ante la cual nosotros somos como viles gusanillos que se arrastran sobre el polvo. Y esto á fin de que entendamos que, dando á Dios el nombre de *Padre*, no hablamos á un padre terreno, sino á un Padre celestial, á un Padre omnipotente, cuyo nombre, al paso que debe inspirarnos confianza, debe tambien llenarnos de respeto y veneracion. Tercera, para señalararnos como con el dedo la grande, la inestimable dicha que en el cielo nos espera; y hacernos desprender por lo mismo de los objetos de esta tierra miserable, donde no tenemos habitacion fija y permanente, sino pasajera y transitoria.

A las palabras *Padre nuestro, que estás en los cielos*, sigue inmediatamente la primera peticion que dice: *Santificado sea el tu nombre*. Un buen hijo no solo ama y honra á su padre, sino que desea y procura que los otros le amen y le honren. Y por esto, despues de habernos enseñado Jesucristo á dar á Dios el nombre de *Padre*, quiere que nos le demos inmedia-

tamente á conocer por sus hijos amantísimos, deseando sobre toda otra cosa su honor, su exaltacion y su gloria ; y esto es lo que hacemos cuando en la primera peticion decimos : *Santificado sea el tu nombre.*

Para bien comprender el significado de estas palabras, conviene explicar tres cosas : 1.<sup>a</sup> en qué sentido el nombre de Dios puede ser santificado de nosotros : 2.<sup>a</sup> cuánta es la extension de esta peticion : 3.<sup>a</sup> cuál cooperacion exige de nuestra parte.

Al entrar en el primer punto, se presenta desde luego una dificultad. ¿Cómo podemos nosotros pedir á Dios que *su nombre sea santificado*? ¿No es él santísimo por sí mismo? ¿no es la misma santidad esencial? ¿qué necesidad hay, pues, de que sea santificado de nosotros? Esta dificultad desaparece desde luego, si se considera que el verbo *santificar* puede tomarse en dos sentidos. A veces *santificar* significa hacer santo á alguno, como lo hace Dios con nosotros, infundiéndonos su gracia santificante ; y en este sentido es claro que Dios no puede ser santificado, porque él es la fuente de toda santidad : otras veces significa reconocer á alguno por santo, respetándole y tratándole como á tal ; y en este sentido puede y debe ser santificado de nosotros.

Dios es santísimo, no cabe duda ; pero ¿qué pocos son los que le prestan el honor y el obsequio que como á santísimo merece! ¿Cuántos infieles hay en el mundo que no tienen ningun conocimiento de él, y de los cuales consiguientemente no recibe honor alguno? ¿cuántos herejes que le tributan un culto falso y superticioso? ¿cuántos malos cristianos que no se cuidan de él ni de sus leyes y preceptos? Nosotros, pues, pedimos, que sea de todos conocido, respetado, servido y ado-

rado ; que siempre se dilate mas y mas su conocimiento, su culto y su gloria ; y que así como los Ángeles y Santos del cielo no hacen mas que bendecirle y glorificarle ; así acá en la tierra todos los pueblos, todas las naciones, todas las gentes se unan en su conocimiento, culto y amor. No pedimos, pues, en esta primera demanda la gloria intrínseca y esencial que Dios tiene por sí mismo, sino la gloria accidental y extrínseca que puede y debe recibir de sus criaturas.

¡Cuán justa, cuán importante es una tal peticion! ; con qué deseos, con qué ardor debemos hacerla! Si el nombre de Dios fuese santificado, todos los pecados del mundo desaparecerian, florecerian todas las virtudes, y la tierra se convertiria en un cielo. Sí : entonces veríamos el recato en las doncellas, la honestidad en los jóvenes, la fidelidad en los casados, la obediencia en los hijos, el celo en los padres, la paciencia en los pobres, la caridad en los ricos, y la santidad en todos los hombres : entonces no habria dobleces, fraudes, rapiñas, fornicaciones, adulterios, blasfemias, perjurios, desórdenes ni escándalos. Porque decidme : ¿de dónde proviene ese diluvio de culpas que inunda la tierra? No de otra cosa, sino de que Dios no es conocido, y no siendo conocido tampoco es temido ni respetado : así lo asegura un profeta : *Non est scientia Dei in terra ; ideò maledictum, et mendacium, et homicidium, et furtum, et adulterium inundaverunt.* Debemos, pues, pedir con todo el afecto y el corazon que sea santificado el divino nombre ; porque con la gloria de Dios van unidas la destruccion de todos los pecados y la restauracion de todas las virtudes.

Vosotros me diréis : ¿y por qué rogar á Dios que sea glorificado de los hombres? ¿no se deberia mas bien rogar á los hombres que glorificasen á Dios?—No, hijos míos ; porque

el hombre con las solas fuerzas naturales no puede tributar á Dios el honor que se le debe ; y por esto suplicamos al Señor nos dé las fuerzas necesarias para efectuarlo, confesando la necesidad de la gracia para obrar el bien, y que nosotros nada podemos sin la ayuda de Dios. Pero como la ayuda de Dios supone siempre nuestra cooperacion, por esto no decimos al Señor, *santificad vuestro nombre*, sino *sea santificado* ; porque si Dios quiere ser glorificado, no quiere serlo de sí solo, sino con nuestra cooperacion y con nuestro concurso.

¿Y cómo debemos concurrir á la santificacion del nombre de Dios? El nombre de Dios se santifica de muchas maneras. Se santifica con *pensamientos*, formándonos un gran concepto y una altísima idea de él, y conforme á este concepto y á esta idea, fomentando en nosotros sentimientos de respeto, de adoracion, de amor, y deseando que todo el mundo le sirva ; cual deseo produzca en nosotros un gran dolor de verle ultrajado y ofendido, y un gran consuelo de verle bendecido y glorificado. Se santifica con *palabras*, alabándole, bendiciéndole, hablando de él de manera que se dé á conocer los sentimientos de religion que se tienen por él. Se santifica con *obras*, guardándonos, cuanto nos sea posible, de ofenderle, observando exactamente su santa ley, y procurando agradarle en todas nuestras acciones.

Además, para santificar el nombre de Dios, no basta promover su gloria en nosotros mismos ; es necesario promoverla tambien en los otros. No honramos á Dios cumplidamente como debemos, si, honrándole nosotros, dejamos que los otros le deshonren ; porque así como no es buen siervo el que no promueve en los otros el respeto debido á su señor ; así no es buen siervo de Dios quien no se aplica á extender su gloria

entre los demás hombres. Tratándose de Dios y de su honor, no podemos quedarnos indiferentes ; porque ser indiferente en lo que toca á él, es lo mismo que ser su enemigo.

El modo práctico de procurar la gloria de Dios es, impedir, en cuanto dependa de nosotros, sus ofensas, retirar á los otros del mal, y estimularlos á practicar el bien. No se crea que estas gestiones solo pertenezcan á los sacerdotes, no ; pertenecen á todos, porque cada cual á su modo puede practicarlas, y con mucho fruto.

Podemos practicarlas con las palabras, instruyendo, aconsejando, corrigiendo y animando á nuestro prójimo. Un buen consejo dado oportunamente, un aviso amoroso, una correccion prudente, una palabra, un recuerdo, ¿qué buenos efectos no pueden producir y no producen muchas veces! ¿Cuántos han dejado el vicio por un consejo que el amigo les dió con oportunidad y con garbo? ¿cuántos se han abstenido de caer en pecado por un aviso recibido á buen tiempo? ¿cuántos se han animado al servicio de Dios por una palabra edificante oida en conversacion? Estos casos suceden todos los dias, y todos los dias se presentan ocasiones de repetirlos.

Sin proferir palabra, podemos procurar la gloria de Dios con el buen ejemplo, llevando una vida tan ejemplar y edificante, que, viendo el prójimo nuestras buenas obras, se sienta movido á glorificar á Dios con la imitacion, conforme nos lo manda Jesucristo : *Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in caelis est.* ¿Y quién ignora la eficacia del buen ejemplo para inspirar horror al vicio y amor á la virtud? El dar buen ejemplo es cosa que está en vuestras manos ; para esto no hay quien no tenga habilidad, talento y ocasion ; y si nuestras palabras, conversaciones y obras son virtuosas, decentes y cris-

tianas, es imposible que no redunden en bien espiritual del prójimo y en gloria de Dios.

Y cuando de nada sirviesen las palabras y el buen ejemplo, todavía nos queda un otro medio eficacísimo, la oracion, ofreciendo á Dios incesantes súplicas para la conversion del prójimo. En vez de declamar inútilmente sobre los desórdenes que se ven, y que no está en nuestra mano remediar, clamemos á Dios en la oracion. Expongámosle los males que afligen á la Iglesia, la depravacion general de costumbres, la multitud de escándalos y la continua decadencia de la fe; y supliquémosle ilumine á tantas personas extraviadas, que reanime la fe y la piedad, que suscite buenos ministros y bendiga sus trabajos apostólicos. ¡Ah fieles míos! para promover la gloria de Dios, no nos faltan medios; lo que nos falta es celo, empeño, actividad por los intereses del Señor. ¿Que no podemos hacer que él sea honrado de todo el mundo? no importa: procuremos á lo menos que lo sea en el recinto de nuestra casa, de los hijos, siervos, domésticos y dependientes.

Ya veis, pues, cuál sea el espíritu con que debemos hacer á Dios esta peticion, *Santificado sea el tu nombre*; debemos hacerla con vivo deseo de glorificarle en nosotros mismos por medio de una vida santa, y de hacerle glorificar de los otros. Siendo esto así, como lo es, ¿os parece si una tal peticion está bien en boca de aquellos cristianos que no tienen una chispa de celo para defender el honor de Dios escarnecido y vilipendiado? ¿de aquellos que todos los días abusan sacrílegamente de su nombre santísimo, maldiciéndolo y blasfemándolo? ¿de aquellos que en vez de dilatar su gloria, no hacen mas que sembrar escándalos por todo el mundo?... ¿Con qué cara pueden todos estos decir al Señor: *Santificado*

*sea el tu nombre*, siendo ellos los primeros en vilipendiarlo y en dar ocasion que los otros lo deshonren? Contradiccion es esta, que la estamos viendo, y sin embargo cuesta trabajo el creerla.

Si no queremos burlarnos de Dios cuando le dirigimos esta peticion, es necesario revestirnos del buen deseo que expresa la demanda misma, y conforme á este deseo emplear nuestras fuerzas para conocerle, amarle y servirle, y hacer que sea conocido, amado y servido de los otros; y sobre todo concebir un grande aborrecimiento á aquellos pecados que son mas opuestos á la santificacion del divino nombre, como la blasfemia, el perjurio y el escándalo. Esto es, hijos míos, lo que se dice *santificar el nombre de Dios*. Dichoso el que de este modo glorifique á Dios en la vida presente; porque este será glorificado de Dios en la eternidad, conforme lo asegura Dios mismo: *Si quis honorificabit me, honorificabo eum*. Amen.

## PLATICA V.

SEGUNDA PETICION. — VENIDA DEL REINO DE DIOS.

*Adveniat regnum tuum. (Matth. vi, 10).*

Habiendo pedido á Dios en la primera peticion lo que antes que todo se le ha de pedir, á saber, la glorificacion de su santísimo nombre, pasamos á pedirle en la segunda la venida de su reino: *Adveniat regnum tuum*. Pocas cosas pudieran hallarse mas recomendadas á los hombres en los Libros santos, que el reino de Dios. Por él comenzó san Juan Bautista su predicacion en el desierto de Judea, diciendo: *Haced penitencia, porque se*